

¿A DONDE VAMOS A PARAR? *

A LA FAMILIA,

Y ACADA UNO DE SUS MIEMBROS:

PADRE, MADRE, HIJO, JOVEN, VIEJO,

¿Qué mal os ha hecho?

I.

La hora fatal se acercaba: las potestades de las tinieblas estaban desencadenadas; y ved ahí que todo un pueblo, arrebatado por un espíritu de vértigo y de furor, se apodera del Justo. Sus propios discípulos, educados en su escuela, alimentados con su pan, y colmados de sus caricias; sus discípulos que acaban de jurarle una fidelidad á toda prueba, le abandonan, le reniegan: uno de ellos le ha hecho traicion. Agarrado como un malhechor, es arrastrado por las

(*) Este discurso forma la introducción de la obra que acabamos de publicar con este título: *Historia de la sociedad doméstica en los diferentes pueblos antiguos y modernos, ó Influencia del Cristianismo sobre la Familia*. La que tambien publicaremos nosotros, Dios mediante.

¿Sabeis lo que son en materia de creencia? son deístas, materialistas, panteístas, racionalistas, todo lo que se quiera ménos católicos. Pero ni ellos mismos saben si son cosa alguna.

Las mujeres á su vez abandonan y en gran número las tradiciones de la piedad, y hasta las doctrinas de la fé: y muchas han salvado barreras, que hasta nuestros días se habian mirado como sagradas para su sexo. Nuestros padres habian visto mujeres que afligieron al Cristianismo por el escándalo de sus costumbres; pero estaba reservado á nuestra época el presentar algunas que le ultrajaran con la cínica impiedad de su pluma, y que por ello fueran aplaudidas. Por lo que toca á los jóvenes, pueden contar por millares los que todos los años van á engrosar las filas del indiferentismo y de la incredulidad. No parece sino que esperan con ansia el momento, en que se les inicia públicamente al cristianismo el acto solemne de su primera comunión, para romper con mas escándalo el yugo, y correr ciegamente al campo enemigo: son señalados como excepciones los que perseveran fieles. No se habia visto un vértigo semejante sino en el huerto de Getsemani.

En medio de esta defeccion general ¿qué es del cristianismo?... Lo que fue del Justo que abandonado de sus discípulos fue cargado de cadenas, y le privan de la libertad á él que se la dió al mundo: échanle en cara que quiere hacerse rey y dominarlo todo; le arrastran de tribunal en tribunal como si fuera un malhechor; y el anciano y el jóven, y el sábio y el ignorante le citan todos á comparecer delante de sí. Acúsanle en sus dogmas, le acusan en su moral, le acusan en su culto, le acusan en sus ministros, le acusan en sus obras, y hasta en sus intenciones. No importa que se contradigan los testigos: no importa que conteste que ha hablado y obrado públicamente, y que todo el mundo puede serle testigo; (1) porque nunca falta un criado para darle un bofetón, algún Caifás para gritar que ha blasfemado, y fariseos para declararle digno de muerte.

A la injusticia que clama al cielo venganza, jántanse las amargas burlas, y se presenta á nuestros ojos la escena del Pretorio, que, despues de diez y ocho siglos, todavía hace erizar

(1) Ego palam locutus sum mundo. . . . Interrogatus qui audierunt quid locutus sum ipsis. *Ioan. xviii 20, 21.*

los cabellos. La Europa entera está colocando en la misma línea á Jesus y á Barrabás. Su balanza política está igual entre el catolicismo y la herejía, entre la verdad que tiene todos los derechos, y error que no tiene ninguno, entre la razon divina y la razon humana, y entre el cielo y el infierno: á cada uno le da libertad de adorar y de blasfemar, de orar ó de maldecir, de errecr ó de negar. ¡Este es el honor que las naciones, hijas del catolicismo hacen á su padre, y esto lo que le aprecian! Pero no se paran aquí todavía los ultrajes. El cristianismo, á quien se desprecia cual monarca destronado, y de quien se hace burla como de un rey de teatro, no lleva ya por cetro sino una caña, y por manto real un harapo eusangrentado; y aun le están disputando esta caña, y le hechan en cara este arapo. En este estado, mira á esos gobiernos, á esos principes, á esos magistrados, á todo ese pueblo de desertores, que le insultan violando diariamente sus leyes, como de tiempo en tiempo doblan delante de él la rodilla, y le dicen: “¡Salve, religion del Estado! ¡salve, religion de la mayoría!”

Y por mas humillado que esté el cristianismo, les es todavía importuno: “Que muera, gritan, que sea crucificado.” Este grito dei-

cida, que no oyó sino una vez el mundo antiguo, un solo dia, y en una sola ciudad; este grito que no habia, oido jamás el mundo moderno, se ha levantado cien veces del seno de la Francia, y ha llenado la Europa: *El cristianismo se nos hace pesado, no le queremos mas. Ya está pasado, venid, jóvenes, á su entierro; que se le prepare la tumba; ya está gastado; ya murió!!!* Principes de los pueblos, vosotros habeis oido estos gritos sacrílegos, habeis oido estas horribles blasfemias, y se han impreso en millones de ejemplares: ¡y no habeis dicho nada! Y van vestidos de vuestras libreas los que las profieren, gozan de vuestros favores, y viven de vuestro oro. Tanto si sois cómplices como no, es un crimen vuestro silencio. A lo menos Pilato tuvo el valor para preguntar á los verdugos qué crimen habia cometido la víctima que querian sacrificar. “¿Qué mal ha hecho? les dijo, “pues yo no hallo en él nada que sea digno de “muerte.” (1)

Esta pregunta que debíais hacer, y que no habeis hecho, nosotros vamos á hacerla por vosotros: que respondan los acusadores.

(1) Quid enim mali fecit? *Matth.* xxvii, 23.—
Ego enim non inveno in eo causam. *Ioan.* xix, 6.

Naciones, familias, hombres, jóvenes, y aun mujeres de nuestra época, que abjurais el cristianismo, que haceis de él el objeto de vuestras risas sacrilegas, que os burlais igualmente de sus preceptos y amenazas que de sus promesas; que le abofeteais en sus dos mejillas con la indiferencia insultante de vuestra conducta, y con las blasfemias mas insultantes todavía que salen de vuestros labios y escritos; que le echais ignominiosamente como un malechor, diciéndole: Sal de nuestros Gobiernos, de nuestras academias, de nuestras casas, de nuestros pensamientos, pues no queremos que reine mas sobre nosotros: decidme, ¿qué mal os ha hecho? ¿qué mal ha hecho al género humano?

Haza humana, hija ingrata, conocemos tu historia; por si tú la has olvidado, vamos á repetírtela: y para no levantar mas que un extremo del velo que cubre tu ignominia, acuérdate de ahora hace diez y ocho siglos. ¿Tienes presentes á los monstruos coronados que reinaban en el Capitolio, aquellas bestias voraces que bebían tu sangre y la de tus hijos? ¿Te acuerdas de lo que tú eras? Si lo has olvidado ¡oh ingrata!

te repito que vamos á recordártelo. El día antes que brillase el cristianismo en las alturas del cielo, te hemos visto arrastrándote en el polvo, inclinada bajo un cetro de hierro, y esperando para respirar, para vivir, ó para morir; la órden del despóta que apretaba su pié sobre tu garganta. *Trescientas cincuenta veces* te hemos visto cargada de hierros, atada al carro de los triunfadores, y destinada a la esclavitud, ó al suplicio. ¿Te acuerdas de lo que se pasaba entonces en la grande Roma? (1)

Marchando de pié sobre un carro de marfil, y precedido por sus innumerables rebaños de prisioneros, el vencedor atravesó ya el Foro, y se halla al pié del Capitolio. Reina un pavoroso silencio en este momento solemne, y se hace parar toda la turba de los encadenados: se pãranse del acompañamiento los prisioneros mas notables, y son conducidos á la cárcel Mamertina, que es un espantoso calabozo, que se abrió en el lado granfítico de la montaña. ¿Oyes el ruido de la hacha que cae, vuelve á caer? ¿Oyes los gritos ahogados? los dan los prisione-

(1) Segun el cálculo de Orosio, el triunfo de Vespasiano y Tito después de vencida Jerusalem fue el 325.º desde la fundacion de Roma. *Lib. vii, c. 9.*

ros que son degollados. Mira ahora, y observa como los *Confectores* arrastran con garfios sus cuerpos mutilados por el despeñadero del monte Aventino, y como los echan ignominiosamente al Tíber. Mientras se está ejecutando el horrible sacrificio, embriagado de orgullo y de perfumes el vencedor está haciendo otro en el templo de Júpiter Capitolino, y amontona con sus propias manos, que humean todavía con la sangre de las víctimas, en un tesoro sin fondo, tus despojos, tu oro, tu plata, y tu vida. Y para dejar el altar de los dioses está esperando que los ejecutores de las suaves leyes del Imperio vengan á pronunciar la palabra sacramental: *Actum est*, todo está concluido.

Mas no, no está todo concluido; porque al pié del formidable peñasco hay un pueblo de cautivos que aguarda lleno de estupor. Ha de ser vendido como un vil ganado para servir á los benéficos señores del mundo, ó ser degollado para su diversion. ¿No ves á algunos pasos de distancia el gigantesco Coliseo y el inmenso circo Flamínio? ¿Ves el sepulcro de Bruto y el vivero de Polión? ¿No ves las cruces plantadas en el palacio de Augusto, y los sangrientos azotes en las manos del viejo Catón? Ya te acordarás con esto de la suerte que por espacio

de nueve siglos estuvo reservada á los esclavos, y de este tributo de sangre y de lágrimas que debiste pagar á la crueldad de Roma; y Roma era la reina del mundo. Su águila victoriosa apretaba sucesivamente con sus garras mortíferas, y llevaba á su espantoso nido, los hijos del Africa, del Asia, de las Españas, de las Galias y de la Germania. Raza humana ¿te acuerdas de ello tú? Para que nunca lo olvidases la divina Providencia parece ha tenido un cuidado particular en conservar todos estos lugares siniestros, en donde eran sacrificados tus hijos y tus hijas, todos esos brillantes teatros de tu humillacion, los anfiteatros, las naumaquias, las termas, esa cárcel Mamertina negra, húmeda, horrible, y todas esas elocuentes ruinas, para repetirte eternamente lo que tú eras, y lo que serías aun sin el cristianismo. Porque él, y él solo es el que ha roto el cetro de los tiranos; él y él solo te ha dado la gloria, la libertad y la vida; y tú, ingrata, le das bofetadas, y dices: *El cristianismo se me hace pesado*, y está pidiendo su muerte!! ¿Pues, qué mal te ha hecho?

A esta pregunta se impacienta el mundo actual y se irrita: "Si no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado (1). — Qué mal

(1) Ioan. xviii, 30.

“ha hecho”—Es el enemigo de nuestras libertades é instituciones; es un perturbador de las conciencias, que condena como criminales nuestra fortuna y nuestros placeres; es un seductor que enseña supersticiones y fábulas degradantes para la humanidad; es un ambicioso que quiere reinar. Si le dejamos en libertad, acabóse con nuestros sistemas; todos creerán en él, y vendrá Roma á imponernos el yugo degradante de su despotismo.” (1)

Por mas que se caigan por su propio peso las acusaciones; por mas que el cristianismo presente públicamente sus doctrinas y su conducta; por mas que presente las cadenas de la esclavitud que él ha roto de un extremo al otro del mundo; por mas que manifieste que ha inundado la tierra de paz y de luz; por mas que su justificacion sea completa, brillante y perentoria: el mundo actual, arrastrado por sus escribas y fariseos, rehusa toda discusion imparcial con el

(1) *Commovet populum, docens per universam Iudaeam, incipiens á Galilaea usque huc. Luc. xxii, 5.—Seducit turbas. Ioan. vii, 12.—Matth. xxvii, 63.—Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum: et venient Romani, et tollent nostrum locum et gentem. Iocm. xi, 48.*

acusado. Las mil voces que salen de la tribuna, de la prensa, de la enseñanza y del teatro, han ahogado la suya; se le ha silbado, injuriado, calumniado, escupido, y de todas estas voces se forma una sola voz, que dice: “Quitale; que no se nos hable mas de él; no queremos que reine sobre nosotros; no queremos parte con él, ni con su Evangelio, ni con su Iglesia, ni que entre entre en nuestras leyes, en nuestras ciencias, ni en nuestra industria; nuestras constituciones son ateas y deben serlo, no queremos que sus obispos, ni sus sacerdotes, ni sus religiosos enseñen á nuestros hijos; no queremos sus fiestas, ni sus preceptos, ni sus sacramentos, ni sus ayunos, ni sus promesas: ya sabrémos vivir sin él, ser dichosos sin él, lejos de él y á su pesar.” (1)

Este ha sido, y este es aun el lenguaje mas ó menos explicito de la Europa actual levantada contra el cristianismo como un mar furioso. De los príncipes y legisladores de los pueblos, unos han hablado como la turba; otros han guardado silencio, y varios han querido tomar la defensa

(1) *Tolle, tolle, crucifige eum. . . . non habemus regem nisi Caesarem. Ioan. xix, 15.—Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit. Ibid. 7.*

del acusado. Pero se levantan voces de todas partes, gritando: Todo el que le protege es enemigo de la libertad, enemigo de las luces, y del progreso. (1) Aterrorizados con estas voces, como Pilatos se han creído demasiado débiles para salvar al Justo, y á fin de apaciguar aquella cólera sanguinaria le han humillado, amarrado y azotado, y al cabo le han abandonado á sus perseguidores para que hagan de él lo que quieran. (2) Y satisfechos de sí mismos, han dicho como Pilatos: Somos inocentes en su muerte; y desde sus dorados balcones han podido contemplar la víctima como marchaba al suplicio.

Sin embargo algunos discípulos fieles, y algunas mujeres agradecidas siguen llorando al cristianismo, que lleno de calma en medio de los ultrajes de que es saciado, les dice con majestad como Jesucristo en otro tiempo: "Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras y vuestros hijos." (3)

(1) Y desde entonces procuraba Pilatos soltarle. Mas los judíos gritaban diciendo: Si á este sueltas no eres amigo de César: porque todo aquel que se hace rey contradice á César. *Ioan. XIX, 12.*

(2) Y Pilato juzgó que se hiciera lo que ellos pedían. *Luc. XXIII, 24.*—Hicieron con él cuanto quisieron. Así también harán ellos padecer al Hijo del hombre. *Matth. XVII, 12.*

[3] *Luc. XXIII, 28.*

IV.

Es, pues, real y verdadera, y mas de lo que podemos expresar la semejanza que hay entre Jesucristo, puesto en Jerusalem, en los dias de Judas, de Pilato y de Herodes, y el cristianismo en el siglo XIX; semejanza que para ser perfecta solo le falta el último rasgo: Tito y los romanos. Y lo que todavía añade á la semejanza es, que en las dos épocas, y en los dos teatros, se hallan simultáneamente dos sociedades distintas en el seno de un mismo pueblo: una fiel y que llora, y otra infiel que triunfa; la una que pide á Cristo por rey, y la otra que de ningun modo le quiere: las dos se van separando de continuo y se preparan instintivamente al combate. Este es un hecho notado sucesivamente con espanto ó con entusiasmo por todo el que tiene ojos para ver, lengua para hablar y pluma para escribir. Este hecho, digno exclusivamente de atención, se desprende y aumenta sensiblemente todos los dias, y para el hombre observador domina ya todos los sucesos contemporáneos.

Y esta separacion progresiva de las naciones y del cristianismo, que se opera hoy con tanta rapidez; ese tan grave fenómeno que el ojo del hombre no habia contemplado jamás, ¿qué

¿A DONDE VAMOS A PARAR? p. 3

calles de la gran ciudad de un tribunal á otro, circumbalándole tumultuoso acompañamiento: hombres, mujeres, niños, magistrados y ancianos canosos, han acudido de todas partes. Del seno de esta turba asquerosa como un borracho, y agitada como un mar efúrecido, de continuo salen gritos de muerte. La rabia impaciente no puede esperar la sentencia que ha de abandonarle el inocente. Le abofetean le cubren la cara de inmundas salivas, y le azotan con varas hasta despedazarle su cuerpo, dejándole hecho una llaga de pies á cabeza.

Júntanse á la crueldad las burlas insultantes; y al modo que juega el tigre con su presa antes de devorarla, este pueblo feroz llena de ultrajes á su víctima antes de beber su sangre. Le cubren con un vestido de burla; le ponen en su mano una caña, á manera de cetro, y en su cabeza una corona de espinas en señal de diadema; luego, doblándole la rodilla, le dan en su rostro fuertes bofetadas, diciéndole: *¡Dios te salve, Rey de los judíos!*

Y este Justo era el público bienhechor de la nación! Entre ese pueblo de verdugos apenas se hallaría uno, que no hubiese experimentado los efectos de su poderosa bondad, en su persona, ó en la de los suyos. Ha limpiado

los leprosos, ha vuelto la vista á los ciegos y el oído á los sordos; ha librado á los endemoniados, ha resucitado á los muertos: ha hecho bien á todos, y á ninguno mal. Mientras le pisotean como un gusano de lá tierra, se le ve calmado y lleno de dignidad. Semejante á un tierno cordero que sin hablar es llevado al matadero, se deja conducir al suplicio sin abrir la boca. Se le conjura á que hable en nombre de Dios: y responde con mansedumbre y verdad. Se le hace un crimen de su respuesta: un bofetón de más es la paga de su obediencia.

El Justo lo recibe y calla: su resignación exaspera á sus perseguidores. Redoblan su gritaría, y á la manera de un trueno hacen resonar los ecos de la ciudad deicida: "Que le maten! que le maten! que sea crucificado!" y lo llevan brutalmente á empellones ante el juez que puede entregarles su cabeza. Este Juez es un extranjero, es un cobarde y un ambicioso. Sin embargo, la inocencia del acusado le domina; la proclama: "¿Qué mal ha hecho? pregunta—Si no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado...—¿Qué mal he hecho?—Pretendí ser rey, y no queramos

“que reine sobre nosotros” (1) El juez vacila... su valor espirante está haciendo el último esfuerzo. “No quiero ser responsable de la sangre del Justo, les dice lavándose las manos: “vosotros mirad lo que haceis.—Que muera! que muera! ¡Caiga su sangre sobre nosotros “y sobre nuestros hijos!” y es arrancada la la sentencia inicua.

La víctima marcha al suplicio. Tanta rabia por tanto amor, tanta injusticia por tanta inocencia, tanta ingratitud por tantos beneficios hacen verter algunas lágrimas. Un corto número de mujeres, ocultas entre la multitud, le dan muestras de un pesar sincero. El Justo las ha visto; vuelve hácia ellas su sereno rostro, y por último á Dios hace resonar estas palabras: “Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre “mí, sino sobre vosotras y vuestros hijos.” Llegado al término del doloroso camino le quitan sus ensangrentadas vestiduras, le enclavan en una cruz, y le hacen morir entre dos malhechores! Mientras que los verdugos le daban á beber hiel y vinagre, sus enemigos pasan y

(1) Se regem facit non habemus en regem nisin Caesarem. . . . Nolumus hunc regenare super nos. Ioan. XIX, 12-15; Luc. XIX, 14,

repanan delante de él meneando la cabeza, alzan las espaldas, y arrojándole acerados dardos con sus injurias y blasfemias. Niegan su divinidad; se burlan de su dignidad real; insultan su poder; y desafian su cólera. En medio de un profundo silencio el Justo cumple su mision, y la órden que recibió de su Padre; y espira!

La naturaleza entera al verlo se conmueve; se cubre el cielo con un velo lúgubre, y en todas partes reina el espanto. Muy pronto un mensajero de desgracias, un profeta cual nunca se ha visto otro, da vuelta de dia y noche por Jerusalem, clamando sin parar: “Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalem y contra el templo, voz contra todo el pueblo... ¡Ay! ¡ay! de Jerusalem, del templo, del pueblo, y de mí. (1)” La voz se calla. ¿Oís el ruido de la armas?

(1) Plebeius quidam et rusticus nomine Jesus, Anani filius, repente exclamare coepit: Vox ab Oriente, vox ab Occidente, vox á quatuor ventis, vox in Hierosolymam et templum, vox in maritos novos, novasque nuptas, vox in omnem populum. . . . Vae! vae! Hierosolymis, templo, populo et mihi. Ioseph. Bell. lib. vii, c. 12.

Esto se pasaba ahora hace diez y ocho siglos, y se está renovando hoy. El drama sangriento del Calvario es una historia de lo pasado, y una profecía del porvenir; el Cristo vive siempre. Pero la Jerusalem de hoy no está precisamente en el Asia; como los Judas y los Judíos están en todas partes. Este lúgubre parangon, que tal vez en otros tiempos no habria sido mas que una declamacion vulgar, es tan chocante, es tan palpable en nuestros dias, que, ó no le tendrá jamás, ó tiene el triste mérito de venir al caso. Dad una mirada por toda la redondez de la tierra; ojead los anales del mundo, y decidme si hallais cosa que se parezca al odio ciego que le arma contra el catolicismo. Estamos alegando hechos, y el que se nos presenta delante, formidable como un gigante, y siniestro como un espectro, es la defeccion religiosa de los pueblos de Europa, y la apostasia nacional del catolicismo.

¿Cuántas naciones contais, que como naciones hayan permanecido fieles á su padre? ¿Podriais decirme cuál es la religion de sus gobiernos? ¿reconocen por ventura un poder divino, que sea regla obligatoria del suyo? ¿qué rela-

¿Veis cómo se caen las murallas, cómo todo lo devora el incendio y está corriendo la sangre? Todo está consumado; y ved ahí que todos los caminos del mundo están llenos de esclavos, que presentan sus amoratadas espaldas al látigo sangriento de los *Lanistas*: es el pueblo deicida. En lugar del templo hallareis un monton de cenizas; Jerusalem se ha convertido en un gran sepulcro: pasó por allí la justicia de Dios.

Con todo eso, de en medio de la nacion maldita habia salido una nueva sociedad, compuesta del pequeño número de los que no han tenido parte en la maldad, y de los que la muerte del Justo ha iluminado, se aumenta, combate y triunfa, y su triunfo dura todavía, y se llama la *Iglesia católica*.

ciones guardan con la Esposa del hombre-Dios? ¿Hay uno solo cuya conducta se regle por la fé, y cuya constitucion esté bazada sobre el Evangelio? ¿Por ventura no son el cisma, la herejía, el ódio contra el catolicismo, ó la indiferencia que le insulta más que el mismo ódio, los que están sentados en todos los tronos del Occidente? ¿quién podría asegurar que sea verdaderamente Jesucristo el Dios de las naciones del siglo XIX, el rey de sus reyes, el oráculo de su legisladores?

Si de las naciones pasamos á las familias, la misma apostasía viene á cubrir de tristeza vuestras miradas. ¿Qué se ha hecho del matrimonio, de este acto que constituye la sociedad doméstica, y que en otro tiempo era tan santo? ¿es para los mas otra cosa que un vil mercado? Preséntanse dos campamentos y dos estandartes en el hogar doméstico: y la mayor parte de los padres é hijos combaten bajo las banderas de la indiferencia y del sensualismo pero las madres y las hijas, fieles al cristianismo fragan en silencio sus lágrimas y sus pesares. ¿Qué se han hecho las tradiciones de fé que formaban el patrimonio hereditario de las familias? ¿don-

de se cumplen en comun los actos de piedad? (*) ¿Qué es de la educacion... ¡ay! de ese primer deber de la paternidad, del cual depende el porvenir del mundo? ¿No es por ventura el egoismo antisocial y aticristiano el móvil y la regla de la solicitud de muchos padres? Sube, hijo mio, sube todavía; sube mas que tu padre; el término de tus estudios es un empleo brillante, y un empleo no es un *cargo*; es una posesion que has de beneficiar en tu provecho y de los tuyos.

Bajemos mas todavía, y fijemos nuestra consideracion en los particulares, ¿qué es lo que vemos? La mayor parte de los hombres, fascinados por la doble fruslería de los placeres y del negocio, ¿no están por ventura inmóviles, encadenados al pedestal de estos dos ídolos, únicas divinidades reales que se conocen hoy día? Bien podrian retumbar sobre sus cabezas los horrisónos truenos del Sinaí; ni por un solo momento interrumpirian sus cálculos mercantiles, y la adoracion del Becerro de oro.

(*) Por la misericordia de Dios no se ha perdido esto del todo entre nosotros; pero disminuye sensiblemente.

(Nota del Traductor.)